RADICALITZEM *la vida*

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. Subscriu-t'hi!!

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. ¡Subscríbete!

Satèl·lit sense quota

-5%

5 compras
mínimo anual
a les 5 compres una sorpresa

Pack bienvenida
Punto de lectura
+ postal

Càpsida

60€

4 libros
Virus editorial
sin límite de precio

-5%
En toda la librería online

Pack bienvenida
Bolsa #RadicalitzemLaVida
+ Punto de lectura
+ postal

Descuentos
En grupos de lectura
i otras actividades

Replicant

100€

8 novedades
Virus editorial
durante un año

Pack benvinguda
Bolsa #RadicalitzemLaVida
+ Punto de lectura
+ postal

-5%
En toda la librería online

Descuentos
En grupos de lectura
i otras actividades

https://www.viruseditorial.net/es/editorial/socios

ENSAYO

Shahram Khosravi

YO SOY FRONTERA

AUTOETNOGRAFÍA DE UN VIAJERO ILEGAL

TRADUCCIÓN DE LAURA ESCORIHUELA

PRÓLOGO DE EDUARDO ROMERO

VIRUS

© 2010 de la obra, Palgrave Macmillan/Macmillan Publishers Limited
Esta edición ha sido traducida y publicada bajo licencia de Springer Nature Limited. Springer Nature Limited no asume ninguna responsabilidad y no se hace responsable de la exactitud de la traducción.
© 2021 de esta edición, Virus Editorial
© 2021 de la traducción, Laura Escorihuela

Título original:
'Illegal' Traveller; An Auto-Ethnography of Borders (2010)

Edición y maquetación: Virus Editorial
Traducción del inglés: Laura Escorihuela
Corrección ortotipográfica y de estilo: Carlos Marín Hernández
Diseño de colección: Silvio García-Aguirre y Pilar Sánchez Molina
Diseño de cubierta: Miquel Costa Reimóndez

Primera edición en castellano: marzo de 2021

ISBN: 978-84-17870-08-9
Depósito legal: B-2512-2021

Virus Editorial i Distribuïdora, SCCL
C/ Junta de Comerç, 18, baixos
08001 Barcelona
T. / Fax: 934 413 814
editorial@viruseditorial.net
www.viruseditorial.net

ÍNDICE

Prólogo: Eduardo Romero 9
Agradecimientos 21
Presentación a la edición en castellano 23
Glosario de términos de frontera 31

Prefacio 33

Introducción 37
La forma 43

La tierra a la que estamos acostumbrados 47

Policía de fronteras y personas de fronteras 57
Los traficantes de personas y el sacrificio de los transgresores 64
Deshumanización de los transgresores de fronteras 72
Frontera, género y sexualidad 90

La comunidad de desplazados 99
Viñeta biográfica: Frank en Estambul 107
Dallals 113
Viñeta biográfica: Mahmud 115
Los rituales fronterizos 118

La frontera invisible 131
Un campamento en el Ártico 131
Fronteras invisibles 139
Hos(til)pitalidad 144

Sin hogar 153
Cuando los orígenes se desvanecen 157
Viñeta biográfica: Sakina y Khalil 159
Nosotros las fronteras 171
Los muros son cada vez más altos 178
Viñeta biográfica: Amir Heidairi. A través de los ojos de un traficante de seres humanos existencialista 182
La cultura de la incredulidad 190
Tecnologías de anticiudadanía 195
Anticiudadano I 197
Anticiudadano II 198
Anticiudadano III 199
El derecho a tener derechos 203
Hospitalidad 209
Coda 217

Apéndice: Destinos de mis coviajeros 221
Bibliografía 223
Filmografía 235
Otras referencias 237
Índice onomástico 239
Índice temático 241

A mis antepasados derrotados:
Walter Benjamin, Gloria Anzaldúa y Edward Said

Cuando regrese,
Será con la ropa de otro hombre,
el nombre de otro hombre.
Mi llegada será inesperada.
Si me miras incrédulo y dices: «Tú no eres él»,
te mostraré señales y me creerás.
Te hablaré del limonero de tu jardín.
De la ventana de la esquina que deja entrar la luz de la luna y luego canta al cuerpo, al amor.
Y mientras subimos temblando a nuestra antigua habitación,
entre un abrazo y el siguiente,
entre llamadas de amantes,
te contaré sobre el viaje, toda la noche,
y en todas las noches por venir, entre un abrazo y el siguiente.
Entre las llamadas de los amantes, toda la historia humana.
La historia que nunca termina.

Theo Angelopoulos, *La mirada de Ulises* (1995)
(Traducción libre del *Ulises* de Homero)

PRÓLOGO

He aquí un libro que desnuda la incesante y mediática banalización del proceso migratorio. Frente a la radical descontextualización que provoca el fotograma un millón de veces repetido —el cayuco, la valla—, Shahram Khosravi pone en práctica aquello que reivindicaba el sociólogo argelino Abdelmalek Sayad: la reconstitución íntegra de las trayectorias migrantes. Y lo hace a partir de su propia experiencia encarnada, la que le lleva de Irán a Suecia tras varios años de migración clandestina a través de Afganistán, Pakistán y la India. Su propia vida sirve de ancla a Khosravi para desplegar su teoría sobre y contra las fronteras y la política migratoria imperante.

«Las fronteras determinan el aspecto del mundo», afirma Shahram. Cuando él llegó a Suecia a finales de los años ochenta, Frontex, la Agencia Europea para la Gestión de las Fronteras Exteriores,[1] ni siquiera existía aún. Fue creada en el año 2004, cinco años antes de que escribiera *Yo soy frontera*. Desde entonces, tal y como él mismo vaticinaba, las fronteras europeas no han hecho más que endurecerse y multiplicarse. Su vertiginoso aumento ha engordado en la misma medida los resultados de

1. Recientemente ha sido renombrada como Agencia Europea de la Guardia de Fronteras y Costas, un nombre tan eufemístico como el que le precedió.

las grandes multinacionales de la industria militar y de control migratorio y las cifras de muertes en el trayecto fronterizo. Todo ello lo podemos constatar en esa frontera sur de la Unión Europea que es España. La violencia en la frontera española contra los cuerpos migrantes no es la anomalía, sino la norma, gobierne quien gobierne. También lo son los acuerdos para garantizar en territorio extraeuropeo esas «zonas de exención» donde la violencia, las agresiones sexuales o la muerte son medios lícitos para cumplir el objetivo europeo de modular —que no impedir— la llegada de migrantes a sus costas.

Las fronteras determinan el aspecto del mundo, sí. Pero no solo por sus alambradas. También porque son el lugar por el que cruzan —aunque menos desde que comenzó la *sindemia*—[2] cientos de millones de turistas, congresistas, militares, cooperantes, agentes de las multinacionales. Lo hacían —y lo volverán a hacer— sin medida alguna, «gloriosamente», dice Khosravi. Representan la movilidad desaforada, el envés de la inmovilidad forzada. No solo por lo que expresan en términos simbólicos esas fronteras que caen a los pies del viajero occidental, sino por razones muy concretas y materiales. Entre ellas, los devastadores efectos sobre el planeta de la contaminación provocada por la cantidad de aviones que sobrevuelan el cielo, así como por otros muchos factores asociados a industrias como la turística o la militar. Pero también por los propios actos que esos viajeros van a realizar —van a cometer— en el lugar de destino: exotizar a los autóctonos, consumir para fines de lujo recursos básicos escasos, acometer intervenciones militares humanitarias, acumular tierras, impulsar proyectos extractivistas y destruir bosques que, por cierto, antes de ser esquilmados garantizaban que ciertos virus se mantuvieran confinados en su interior. Millones de

2. Concepto creado por Merrill Singer a finales del siglo XX y que se ha traído a colación en diversos artículos para poner el acento en la concurrencia del coronavirus con otras enfermedades no transmisibles, pero sí muy condicionadas por la pobreza, las deficiencias de los sistemas de salud, las condiciones generales de vida (alimentación, vivienda, niveles de contaminación del entorno, etc.).

personas, pues, se ven forzadas a migrar debido al expolio de los territorios en los que viven. La hipermovilidad de los privilegiados forma parte, paradójicamente, de las causas que imposibilitan la inmovilidad de quienes querrían quedarse en su casa.

Alguna vez hemos escrito que las principales mafias migratorias son los Estados y sus cuerpos de seguridad. Un avión de deportación. Un inspector de policía español. Un maletín lleno de billetes. El intercambio de la mercancía humana por la pasta en el aeropuerto de Lagos, Nigeria. Esa imagen vale más que mil palabras. Khosravi contribuye en este libro a poner patas arriba algunas categorías también banalizadas por la mirada mediática: «No es de extrañar —señala el autor— que la población que vive en zonas de frontera suela considerar que los verdaderos delincuentes son los diversos funcionarios de fronteras y no los contrabandistas». Los Estados están muy interesados en convertir a *las mafias* en las responsables principales de la violencia fronteriza. Shahram cuestiona este discurso estatal, pero no lo hace mediante la idealización del tráfico. Por el contrario, describe escenas en las que los migrantes son lanzados por la borda, o relata las sistemáticas violaciones perpetradas contra las mujeres migrantes en su tránsito por México hacia Estados Unidos. Sin embargo, en su experiencia cabe la ambivalencia y la complejidad: «De hecho, no es justo que le llame "traficante", ya que él me salvó de morir en una guerra terrible», dice al recordar su cruce clandestino de la frontera entre Irán y Afganistán. *Partir* para *contar. Un clandestino africano rumbo a Europa*, de Mahmud Traoré y Bruno Le Dantec, aborda esta misma complejidad en el contexto de la migración desde Senegal al Estado español. Mahmud, que acabará saltando la valla de Ceuta tras una acción asamblearia que desborda completamente a los jefes de los guetos, cuenta cómo, en el campamento de Maghnia (Argelia), los dirigentes «pierden sus galones» y «vuelven a ser migrantes»

una vez que han organizado «cinco convoyes» hacia Marruecos.[3]

Dicho esto, es cierto que uno de los efectos del aumento exponencial de la industria fronteriza es el menoscabo radical del espacio de autonomía de quienes pretenden cruzar fronteras de forma clandestina. El coste de los viajes se multiplica, así como su peligrosidad. Además, aumenta en este contexto la dependencia de *empresas* más grandes dedicadas a lucrarse con el tráfico. La mafia estatal alimenta a su alrededor la consolidación de otras mafias de frontera.

Muertes en centros de internamiento. Migrantes enterrados bajo una lápida sin nombre. Supremacistas que disparan a matar a refugiados que pasean por un parque. Las escenas que Khosravi dibuja en Suecia resuenan poderosamente en nuestro contexto español. Aquí también podemos rastrear las muertes en los CIE por desatención médica, los suicidios provocados por las condiciones del encierro, la asfixia en pleno vuelo de un migrante deportado, los apaleamientos a menores institucionalizados… Aquí también un guardia civil fuera de servicio acribilló a una persona a la que consideró sospechosa de terrorismo *por tener rasgos magrebíes*. Por lo demás, en la playa del Tarajal, los guardias civiles que dispararon a migrantes que trataban de alcanzar la orilla, provocando su muerte, no solo estaban *de servicio*, sino que el aparato del Estado se ha encargado de que sus actos queden impunes.

Khosravi recuerda cómo el cuerpo apalizado de Rodney King se convirtió de pronto en cuerpo amenazante para los policías que lo golpeaban. En España, un par de fornidos escoltas policiales que trasladan a migrantes al aeropuerto, esposados de pies y manos, llevaron a juicio a una mujer a la que conducían a Barajas, acusándola de golpearlos. La mujer fue condenada.

3. Véase Mahmud Traoré y Bruno Le Dantec: *Partir* para *contar. Un clandestino africano rumbo a Europa*, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2014, pp. 115 y 196.

Cuando los acusados de asfixiar a un deportado en pleno vuelo fueron dos policías, la cosa se arregló, cinco años después, con una multa de seiscientos euros a quienes lo amordazaron hasta la asfixia. También la lápida sin nombre resuena en nuestros oídos: es la historia de Khalid, el chaval que se ahogó en Gijón tras una persecución policial y fue enterrado en uno de los cementerios de la ciudad; es la historia de un joven buscando desesperadamente un nombre para rociar la tierra de agua y rezar frente a la tumba de su hermano.

Cuando Shahram Khosravi llegó a Europa, en España había tan solo un dos y medio por ciento de población migrante, cinco veces menos que en Suecia. A día de hoy, esa diferencia se ha reducido mucho, fundamentalmente porque España fue el país del mundo que, en relación con su población total, más migración recibió en el periodo 2000-2008. En Estocolmo, un hostelero le contó a Khosravi que un inmigrante ilegal viene siempre con un «cincuenta por ciento de descuento». En España este *descuento* —la explotación laboral de la población migrante— se aplicó y se aplica a escala gigantesca. De hecho, ha sido una de las condiciones principales del auge económico que se dio en el periodo señalado. El *descuento*, por cierto, no opera solo contra la población que no tiene permiso de residencia y trabajo. En algún otro lugar hemos señalado que la política migratoria española ha producido principalmente migrantes amenazados de deportación y no tanto migrantes deportados.[4] «El estado de deportabilidad está marcado a fuego por el miedo», escribe Khosravi. La trilogía *redadas racistas*, *Centros de Internamiento de Extranjeros*, *vuelos de deportación* es solo la parte más explícitamente represiva de la política migratoria *interior*. Aderezada por un kafkiano itinerario burocrático para obtener el permiso de residencia, esa trilogía funciona como

4. Eduardo Romero: *Un deseo apasionado de trabajo más barato y servicial. Migraciones, fronteras y capitalismo*, Cambalache, Oviedo, 2010.

amenaza, como «mecanismo disciplinador» —de nuevo Khosravi— para generalizar la sumisión entre quienes han sido convocados a jugar un rol muy concreto en España: ejercer de fuerza de trabajo barata y servil —con y sin papeles— en los sectores más precarizados de la economía nacional. Así, la amenaza de la deportación afecta también a quienes tienen permiso de residencia, pero deben renovarlo varias veces durante ese tortuoso proceso que, si fracasan, les puede llevar a la irregularidad sobrevenida.

La población migrante ya había jugado ese papel en otros países de Europa Occidental a lo largo del siglo XX. Tal y como señala David Harvey, la explotación de la fuerza de trabajo migrante fue fundamental para introducir en Europa las prácticas laborales de racionalización taylorista durante los llamados Treinta Años Gloriosos del capitalismo europeo de posguerra. El estado de bienestar, tan añorado por cierta izquierda, también se sustentaba en la jerarquía patriarcal y racial.[5]

Doce años después de la irrupción de la última crisis, asistimos hoy a la impotencia del capitalismo para comenzar un nuevo ciclo expansivo. La dinámica de posponer las crisis, de proyectarlas hacia el futuro —por ejemplo mediante la financiarización neoliberal—, provoca que estas regresen agigantadas. Si a ello le sumamos la catástrofe ecológica, los límites que la naturaleza impone al crecimiento, nos encontramos con que a día de hoy ya no hay periodo de auge que prometer. El análisis sobre los flujos migratorios hacia Europa como forma de creación de una fuerza de trabajo excedentaria y servil no se corresponde —o al menos no lo hace tan automáticamente— con este escenario de crisis permanente. En las crisis existen excedentes de capital y trabajo no absorbidos. ¿Pero qué pasa cuando ha desaparecido la expectativa de un nuevo momento de expansión? Una

5. Veáse Mariarosa Dalla Costa: *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*, Akal, Madrid, 2009.

parte de la población se convierte para el capital en definitivamente superflua.

Sin embargo, hay más factores a tener en cuenta. La crisis en Europa es también una crisis poblacional. El envejecimiento rampante, entre otros factores, sigue convirtiendo en imprescindible para el capital europeo la afluencia de población migrante. Un ejemplo: según las proyecciones de la Comisión Europea en su informe sobre envejecimiento, se calcula que Alemania perderá diez millones de habitantes de aquí al año 2060. Así, el primer país de la UE en cuanto a recepción de personas refugiadas sigue manejando la lógica del reclutamiento de fuerza de trabajo joven y barata. David Folkerts-Landau, presidente del principal banco de Alemania, el Deutsche Bank, señaló: «Estaría bien si los refugiados ganasen menos porque a cambio Alemania les ofrece un lugar seguro en el que vivir y una infraestructura altamente desarrollada». El presidente de la poderosa Federación de la Industria Alemana (BDI, por sus siglas en alemán), Ulrich Grillo, concibió la llegada de miles de refugiados como oportunidad para el país. «Si somos capaces de integrar rápidamente en el mercado de trabajo a los refugiados, no solo vamos a ayudarlos, también nos ayudaremos a nosotros mismos», afirmó.

Así, la política migratoria europea se mueve ahora entre dos aguas. Por un lado, mantiene la pretensión de garantizar un cierto flujo migratorio. Por otro, la UE trata de blindarse ante movimientos de población que no pueda instrumentalizar. Dado que el capital responde siempre a sus crisis acelerando lo que Marx llamó la acumulación originaria y autores como Harvey han actualizado como acumulación por desposesión, sabemos que una de las consecuencias de dicha dinámica es el incremento de los movimientos forzados de población, más aún si al expolio se une el cambio climático galopante. En los años noventa del siglo XX, Saskia Sassen alertaba contra el discurso de la invasión de Europa, recordando que la mayor parte de las migraciones eran sur-sur y que, por tanto, la migración a Europa era minoritaria. Sin embargo, dieciséis años después Sassen publicó el libro *Expulsiones. Brutalidad y*

complejidad en la economía global, que precisamente analiza el incremento de las expulsiones de la gente, a escala mundial, de su propia casa. Se anuncian, pues, movimientos de población cada vez más grandes y más difíciles de gobernar. Cada vez más gente se mueve no ya por tener una mejor renta, sino por salvar la vida.

Sin embargo, la historia de Europa en los últimos cien años demuestra que el derecho al refugio solo se aplica en la práctica sobre una minoría. En cuanto las circunstancias históricas convierten a las refugiadas en una realidad numerosa, el derecho al refugio queda inmediatamente abolido, vuelve a convertirse en una abstracción. A partir del año 2015, y ante el éxodo provocado por la guerra mundial en Siria, la respuesta europea ha sido la del endurecimiento de las fronteras, la aprobación de cupos miserables, el acuerdo con Turquía para la deportación inmediata, la multiplicación de los espacios de excepción del tipo «campo de refugiados», etc.

Hannah Arendt, en *Los orígenes del totalitarismo*, señalaba: «Después de 1935, el año de las repatriaciones en masa decretadas por el Gobierno de Laval y de las que solo se salvaron los apátridas, los llamados "inmigrantes económicos" y otros grupos de anterior procedencia —balcánicos, italianos, polacos y españoles— se mezclaron con las oleadas de refugiados en una maraña que nunca pudo ser desenredada». Europa hoy se previene de esa maraña y quiere categorizar claramente: una minoría refugiada con derecho a permanecer; una mayoría de «falsos refugiados» y de «migrantes económicos» sometidos permanentemente a la posibilidad de la deportación.

«Queréis matarnos. Tenemos que protegernos», le escupió a Khosravi una agente policial británica en el aeropuerto de Bristol. Desde el 11 de septiembre de 2001, una de las esencias que destilan los migrantes —especialmente si son musulmanes, o si lo parecen, o si vienen de un país que le suena a foco de «terrorismo islamista» al policía de guardia— es la peligrosidad. En

el contexto español, ya en 2003, la Audiencia Nacional puso en marcha un espectacular operativo policial en Cataluña que terminó con veinticuatro detenidos y un ridículo espantoso cuando se confirmó que los supuestos explosivos encontrados eran detergente de lavadora.[6] Cuatro de los detenidos, sin embargo, fueron finalmente condenados a trece años de prisión tras los atentados del 11M (de 2004) en Madrid. No tenían explosivos, ni se les acusó de atentado alguno, pero sí de esa figura jurídica tan socorrida últimamente: pertenencia a organización armada. Como señala Ainhoa Douhaibi:

> *Lo que había comenzado como una actuación jurídica y penal nefasta —pero que sirvió para justificar la participación en una de las más criticadas invasiones bélicas de las últimas décadas— no podía acabar en un fracaso público. Sobre todo en un contexto en el que ya empezaba a esclarecerse que la invasión de Irak se llevó a cabo mintiendo sobre el único fundamento que la justificó: la supuesta tenencia de armas de destrucción masiva. Así, en un escenario en el que el Estado español se esforzaba por consolidar sus relaciones con dos de las potencias más influyentes del Norte Global, se consumó una operación —punto de partida de la «guerra contra el terror» en el Estado español— que serviría para establecer el perfil de las actuaciones político-penales posteriores.*[7]

Sacando del tablero cualquier cuestionamiento de la guerrerista y asesina política occidental en Oriente Medio, el Estado español no solo ha llevado a cabo desde entonces sucesivos procesos judiciales con terribles condenas sustentadas en vagas *pertenencias* y no en hechos concretos, sino que ha puesto

6. Véase VV. AA.: *Rastros de Dixan. Islamofobia y construcción del enemigo en la era post 11-S*, Virus, Barcelona, 2009.
7. Salma Amazian y Ainhoa Nadia Douhaibi: *La radicalización del racismo. Islamofobia de Estado y prevención antiterrorista*, Cambalache, Oviedo, 2019, pp. 55-56.

en marcha —basándose en lo experimentado en otros países europeos como Países Bajos o Reino Unido— dispositivos preventivos en instituciones como escuelas y cárceles que, lejos de prevenir peligros, son un peligro en sí mismos. Lo son como expresión de un racismo de Estado que, como señala Arun Kundnani, ha convertido a la llamada radicalización en «la lente a través de la cual las sociedades occidentales observan a la población musulmana». Pero lo son también porque, como sostienen Kundnani y Douhaibi, y sin necesidad de aferrarse a teorías de la conspiración, no sería de extrañar que los mecanismos preventivos del Estado estén logrando lo contrario de lo que dicen perseguir.

Una trabajadora contratada por ACNUR para obtener donaciones me abordó una mañana en una calle céntrica de Oviedo, con su carpeta azul bajo el brazo. «¿Te has levantado hoy con ganas de salvar vidas?», me espetó. Khosravi relata en *Yo soy frontera* cómo fue convertido en *víctima* en un campo de refugiados del Ártico sueco. La industria humanitaria —esos todoterrenos de cristales tintados de ACNUR que circulan a sus anchas por el mundo— necesita para su perpetuación de la figura del pobre refugiado, digno de conmiseración. A quien no puede cumplir los estándares eurocéntricos de *refugiosidad* le espera la denegación de su solicitud de asilo. En España, en 2019, a noventa y cinco de cada cien personas entre aquellas que lograron respuesta a su expediente durante ese año.

La esencialización del «migrante» no se reduce al ámbito de la industria humanitaria estatal y paraestatal, ni al de la criminalización racial. Multitud de discursos se mueven entre el polo de la victimización y el de la glorificación. Este último es relativamente habitual en los contextos militantes. La romantización del éxodo —el migrante como el sujeto revolucionario que estaba por llegar— o la exotización disfrazada de explosión de interculturalidad forman parte de estos imaginarios. Este libro es también una herramienta para disolver estas concepciones.

Khosravi no niega la *agencia* —qué poco me gusta este anglicismo— de quien decide migrar, pero no la fija en el individuo, sino que la enmarca en las posibilidades que ofrecen las *culturas de la migración* que han sido ensambladas en las comunidades de origen. Afirma que la migración es una transgresión de las fronteras, pero también que la decisión de migrar «puede partir de la fascinación por el estilo de vida moderno del mundo industrializado y del deseo de poder participar de él». En definitiva, expresa las múltiples ambivalencias que se dan en el proceso migratorio, tan difíciles de captar si no elaboramos a su vez categorías relacionales, categorías que se pongan en tensión unas con otras para evitar categorías fetiche.

Eduardo Romero

AGRADECIMIENTOS

Algunas partes de este libro ya aparecieron publicadas en un artículo de la revista *Social Anthropology*, en 2007. Estas partes se reproducen aquí con el permiso de la Asociación Europea de Antropólogos Sociales.

Estoy en profunda deuda con todos aquellos que compartieron conmigo generosamente sus experiencias e historias. Individuos apátridas, migrantes sin permiso, solicitantes de asilo rechazados, traficantes de seres humanos, personas de frontera cuyas palabras son el material del que está hecho esta obra. Doy las gracias a Helena Wulff, Kirin Narayan, Ulf Hannerz e Ilká Thiessen por sus comentarios sobre los primeros borradores; a Johan Lindquist y Paul Stoller por la inspiración intelectual; al Centro de Estudios sobre Refugiados de la Universidad de York, Toronto, donde escribí un primer borrador en el verano de 2008; a Mahmood Arai por nuestras largas e iluminadoras conversaciones ante incontables tazas de café; a Christien van den Anker, que creyó en este libro y me animó a escribirlo: gracias a sus sugerencias y perspicaces comentarios críticos este trabajo es mejor; al Consejo Sueco para la Vida Laboral e Investigación Social por su apoyo económico; a Roxane, Maryam y Kian; a mi padre, Nader, y, sobre todo, a mi madre, Parvaneh, cuya hospitalidad no tiene límites.

PRESENTACIÓN A LA EDICIÓN EN CASTELLANO

I

Este libro fue publicado originalmente en 2010 con el título *«Illegal» traveller. An auto-ethnography of borders* (Viajero «ilegal». Una autoetnografía de las fronteras). Empleé la palabra «viajero» y no «migrante» o «refugiado» como crítica al régimen fronterizo actual, que ha establecido una jerarquía en la movilidad: la movilidad de los viajeros *cualificados* (turistas, expatriados y aventureros) y la de los viajeros *no cualificados* (migrantes, refugiados y personas indocumentadas). Muchas más fronteras se han fortificado desde que el libro salió a la luz. Y si bien en noviembre de 2019 se celebró el 30.º aniversario de la caída del Muro de Berlín, durante este tiempo el número total de muros y barreras fronterizas en el mundo se ha multiplicado casi por cinco.

Las fronteras se han convertido en un gran negocio. La construcción de muros fronterizos es un lujo que no todos los Estados pueden permitirse. Los muros construidos en la frontera entre los Estados Unidos y México, en Israel o entre Arabia Saudí e Irak tienen un coste de entre 1 y 4 millones de dólares por kilómetro. Si a ello le añadimos el coste de mantenimiento, la industria mueve miles de millones de dólares, y va en aumento. En

la misma línea, el presupuesto anual de Frontex (la Agencia Europea de la Guardia de Fronteras y Costas) ha pasado de 6 millones de euros en 2005 a 460 millones en 2020. Paralelamente, durante el mismo periodo el número de personas que ha fallecido en las fronteras europeas ha aumentado drásticamente.

Las fronteras las construyen los países ricos contra las naciones pobres. Las fronteras no solo separan dos Estados nación, sino también dos maneras de experimentar el mundo, dos formas de vida. Las fronteras interestatales son de alguna manera también fronteras entre clases. No es de extrañar pues que las fronteras más sangrientas sean las que separan los países ricos de los pobres. Quizás la imagen más paradigmática de esta división nos la ofrezca la fotografía tomada por José Palazón en Melilla en 2014, la cual muestra un grupo de migrantes africanos sentados sobre la verja fronteriza mientras dos personas juegan al golf en el lado español. El régimen fronterizo pretende mantener a las personas en el lugar que ocupan dentro de la jerarquía de clase. Las prácticas fronterizas que controlan la movilidad de los trabajadores son cruciales para mantener la brecha salarial entre ciudadanos y no ciudadanos y también entre el Norte y el Sur. Las fronteras son para los pobres. Los ricos pueden comprar legalmente la ciudadanía en algunos países y en otros logran atravesar las fronteras invirtiendo en empresas o comprando bienes inmuebles.

En el libro expongo que las fronteras inmovilizan a las personas. Sin embargo, junto con las técnicas fronterizas que las inmovilizan y confinan, se produce otro mecanismo de control social opuesto consistente en mantenerlas siempre en movimiento. Así, a las personas se las envía de acá para allá entre los campos de recepción y los campos de expulsión, se las lleva de la búsqueda de asilo a la deportabilidad, de los permisos temporales a la indocumentación, de un país a otro, de una legislación a otra, de una institución a otra, de un tiempo de espera a otro. Así se las mantiene en circulación de manera que viven en un «no llegar», inmersos en la temporalidad y, en términos fanonianos, en la tardanza.

Cabe mencionar aquí que una frontera es algo más que una línea que separa dos Estados, dado que engloba diferentes

actores, prácticas, economías e historias. Las fronteras siguen excluyendo a las indeseadas no solo en la frontera exterior del país sino también mucho después de que la hayan cruzado: son las personas que nunca dejarán de ser extranjeras, por mucho tiempo que vivan en el país, por muy integradas que estén en la sociedad, porque son personas de piel negra, antes judías y ahora musulmanas, siempre gitanas.

II

Las fronteras y los muros fronterizos se construyen para dar la impresión de que son eternos, de que existirán para siempre. Los muros niegan el hecho de que las fronteras cambian y tarde o temprano desaparecen. La historia nos enseña que los muros están destinados a derrumbarse o a ser solo lugares turísticos, como la Gran Muralla china o el Muro de Adriano. Paradójicamente, estas barreras, que fueron construidas para mantener alejados a los extranjeros, ahora los atraen.

Las fronteras y muros fronterizos cobran su propia vida, provocan emociones y generan ideas incluso después de sucumbir. Los muros fronterizos cambian el sustrato social; su impacto perdura en el imaginario y en las relaciones sociales mucho después de caer. Y es que su simbolismo supera a su presencia física. Las fronteras producen nuevas subjetividades. Si bien los muros suelen tener una vida corta, su influencia en la población permanece durante largo tiempo. Las fronteras indican que las personas del otro lado son diferentes, indeseadas, peligrosas, contaminantes e incluso no humanas.

Sin embargo, no hay que olvidar que si bien las fronteras engendran nuevas subjetividades, su transgresión también lo hace. Durante la llamada «crisis de los refugiados» de 2015 y 2016, allí donde las autoridades cerraron las fronteras e intentaron impedir que los migrantes y los refugiados las cruzaran, hubo protestas y se cantó «fronteras abiertas» y «libertad, libertad», algunas veces en lengua vernácula: *infitah* (palabra árabe

que significa «apertura») y *azadi* («libertad» en persa). Son los mismos eslóganes que se han cantado durante décadas en Oriente Próximo. Al cantar «libertad» y «apertura» se vinculaba la lucha por la libertad en todo el mundo árabe con la lucha por la apertura en Irán y Afganistán y con las luchas en Europa. Al cantar «libertad» y «apertura» se hizo visible el vínculo existente entre los muros opresores en Europa y los alzados en Kabul, Damasco, Estambul, Teherán y toda Palestina.

Cuando lograron detenerlos, se sentaron en los raíles, dotando de simbolismo una acción política relevante, llevada a cabo con determinación por sujetos políticos. Al interponer sus cuerpos en el camino, se convirtieron literalmente en obstáculos. Sus cuerpos se transformaron en una fuerza política que pretendía impedir un régimen de movilidad que no los incluye. La palabra *movimiento* significa tanto el acto de moverse y el cambio de lugar como una actividad organizada que desafía las estructuras existentes y aspira a cambios sociales. El movimiento de los transgresores de fronteras en los dos sentidos de la palabra desencadenó una subjetividad a través de la acción política que desafiaba el régimen fronterizo y el orden establecido. Al caminar en colectividad, lo que antaño era una travesía individual se había convertido en un proyecto común. Así se convirtieron en un movimiento social colectivo. Cruzar la frontera sin autorización, violar el régimen fronterizo, no reconocer la autoridad de las fronteras son sin lugar a dudas actos políticos.

III

Si bien las fronteras son manifestaciones de un imaginario nacional, también son experiencias corporales. Y es que las fronteras se construyen para ser experimentadas con los cinco sentidos. En primer lugar, desplegadas de manera que sean bien visibles, con señales, colores, vallas y mucho hormigón. Aún más, son diseñadas para causar dolor y lastimar cuerpos: el alambre de espino se clava en la carne de los que intentan cruzar, los muros son

altos para dañar a los que intentan escalarlos. Y si los viajeros sin papeles no son heridos por la frontera física, en muchos lugares los guardias fronterizos les imponen la violación a modo de «tasa aduanera». Las fronteras también tienen sabor. En los desiertos de Arizona los transgresores sienten la frontera en sus bocas secas, al experimentar una sed que va en aumento con un gusto metálico amargo. Las fronteras son diseñadas para ser experimentadas también emocionalmente. Esa atracción que sienten las fronteras por los viajeros indeseados es una pequeña muestra de la humillación y la vergüenza, como el abuso público a que se somete diariamente a los palestinos en los controles fronterizos israelíes. Es más, las fronteras están para dar miedo, con sus altos muros, sus torres vigía, sus alambres de espino, sus guardias armados y sus señales de alarma advirtiendo del castigo. En palabras de la ministra danesa de inmigración Inger Støjberg, pronunciadas en 2018: «No los queremos y van a notarlo».

Para los cuerpos que ni tocan ni son tocados por ellas, no hay fronteras. Las fronteras son selectivas y discriminatorias. La regulación de la movilidad opera de acuerdo con un cribado social efectuado en base a desigualdades sexuales, de género, raciales y de clase. Las fronteras solo dejan pasar a aquellos que son más útiles, a los más productivos. Son una técnica para medir la valía de los extranjeros.

IV

En esta era de fetichismo fronterizo, bajo la sombra de los muros crecientes, se impone con urgencia una cuestión intelectual y política: si miramos hacia la frontera desde el otro lado, ¿qué vemos?

Para saber cómo son las fronteras cuando las miramos desde el otro lado debemos someterlas a un proceso de historización. La única manera intelectualmente honesta y políticamente responsable de encarar la cuestión de las fronteras debe partir de una historización radical que desnaturalice y politice el

régimen fronterizo actual, naturalizado y despolitizado. En los últimos años hemos asistido al surgimiento de un pequeño pero creciente cuerpo que investiga sobre ello. Partiendo de una historización radical, sus trabajos muestran que el establecimiento de fronteras y las prácticas fronterizas son en cierto modo coloniales. Las prácticas fronterizas actuales están enraizadas en genealogías coloniales de desplazamiento, prácticas que otorgaron al régimen colonial un productivo laboratorio donde ensayar nuevas técnicas para regular poblaciones.

V

Es un gran placer para mi ver el libro traducido y publicado en español, ya que gracias a ello es accesible a personas que viven en la frontera sur de Europa, personas que han visto cómo el mar Mediterráneo —que no hace mucho era un canal, un pasaje, un espacio de conexión y de movilidad para la gente que vivía a su alrededor— se ha transformado en una zona fronteriza militarizada y en un escaparate de muertes. Al mismo tiempo que España entró en la Comunidad Europea en 1986, a las costas de Tarifa llegaron las primeras barcas con migrantes. Cuantos más acuerdos con la Unión Europea firmaba España, más altos se hacían los muros en el Mediterráneo sur. La valla que separa Marruecos de España en los enclaves de Ceuta y Melilla ha pasado de dos metros y medio de altura en 1993 a cuatro metros en 2005 y a casi seis en la actualidad. Sin embargo, el endurecimiento del régimen fronterizo no ha reducido el número de migrantes, solo ha aumentado el número de muertos en la frontera.

Me gustaría que esta obra contribuyera a que se comprendiera mejor la situación actual. No la escribí para que fuera la enésima narración del sufrimiento de los refugiados, sino para plantear un interrogante intelectual y político a nuestro mundo. El libro ha sido escrito con la esperanza de un mañana diferente que se emancipe del aprieto distópico en que nos sitúan

fronteras y prácticas fronterizas. Mi esperanza se hace eco de la de Ernst Bloch, el filósofo judío alemán que vivió tiempos oscuros en el siglo pasado, que en su *Principio de la esperanza*,[1] a finales de los años treinta, escribía: «Dejemos que aparezca una nueva señal que nos permita soñar. Este libro tan solo pretende que haya esperanza más allá del día en que vivimos».

1. Ernst Bloch: *El principio esperanza*, trad. Felipe González Vicén, Trotta, Madrid, 2007 [1940].

Nota editorial: el autor utiliza las cursivas en algunos lugares en referencia a experiencias o situaciones personales o familiares. Pese a no ser estrictamente normativas, hemos considerado pertinente dejar estos énfasis que tienen un sentido al tratarse de una etnografía.

GLOSARIO DE TÉRMINOS DE FRONTERA

Coyote: traficante (México)

Daftarche («folleto»): pasaporte

Dallal («corredor», «distribuidor»): traficante de seres humanos

Gosfand («ovejas») o *dar poste gosfand* («en la piel de las ovejas») para referirse a los que cruzan la frontera de manera ilegal (Irán)

Kharidan-e forodgah («comprar el aeropuerto»): sobornar a los funcionarios aeroportuarios

Khat («línea»): ruta, itinerario

Mosafer («pasajero»): migrante indocumentado

Pardian («para saltar», «para volar»): migración irregular por aire

Passe daraje dou («pasaporte de segundo grado»): pasaporte hecho a mano, fotocopiado

Passe sefid («pasaporte blanco»): cuadernillo de pasaporte en blanco, por emitir

Pollo: el que cruza la frontera (México)

Renshe («serpientes humanas») en referencia a quienes cruzan (China)

Shetou («cabeza de serpiente») en referencia a los traficantes (China)

PREFACIO

1987

Una fría noche de finales de febrero, en una tierra estéril rodeada de enormes y escarpadas montañas, me detuve en un camino de grava como cualquier otro de aquella zona rural. Pasó la medianoche; el paisaje se hallaba sumido en el silencio. La carretera separaba Irán de Afganistán. *Era* la frontera. Reinaba una quietud mortal. Una de las fronteras más sangrientas del mundo acechaba a su próxima presa en la oscuridad de la luna nueva.

«¡Bien! Las tinieblas nos protegen», dijo el traficante.

De hecho, no es justo que le llame «traficante», ya que él me salvó de morir en una guerra terrible. Aquel camino de grava separaba dos Estados, definía dos tipos de seres humanos. No era una carretera sino un muro invisible por definición legal.

«Si doy un paso —pensé— estaré en otro lugar. Cuando ponga el pie al otro lado del camino, dejaré de ser quien soy. Seré un *ilegal* y el mundo nunca volverá a ser igual.»

Aquella noche di el paso y así comenzó mi odisea por la «ilegalidad».

2004

El 25 de mayo de 2004, Fatemeh-Kian G. S., una transexual iraní de cincuenta años de edad, se suicidó en un centro de internamiento al norte de Estocolmo. En noviembre de 2001 había huido de Irán por su orientación sexual y había pedido asilo en Suecia. La policía moral de su país la había detenido y la habían sentenciado a cincuenta latigazos por ser homosexual. Su solicitud de asilo fue rechazada por la Junta de Migración de Suecia en las últimas semanas de 2002 y de nuevo por un tribunal superior en febrero de 2004. Ella creía que si era enviada de vuelta a Irán sería castigada con dureza. A pesar de que carecía de documentos de viaje, la policía sueca intentó llevarla por la fuerza a la embajada iraní a finales de marzo de 2004, pero ella se resistió y se negó a cooperar, por lo que la encerraron en el centro de internamiento del norte de Estocolmo. Una amiga testificó que el personal del centro estaba molesto por su falta de cooperación. La habían aislado y desatendían toda petición de atención médica. Sufría de estrés psicológico e insomnio, pero sus solicitudes de tratamiento médico eran recibidas con incredulidad e indiferencia. Abandonada y deprimida, intentó suicidarse por primera vez a principios de mayo, pero otras internas la salvaron. Aquella primera vez pasó la noche en el hospital y regresó al centro al día siguiente, donde la acusaron de fingir un suicidio. A partir de entonces su condición psicológica se deterioró.

Los activistas que la conocieron en el centro de internamiento afirman que Fatemeh-Kian sufría a menudo de mareos y estrés. También tenía lesiones físicas. La amiga que fue a reconocerla en el depósito de cadáveres le fotografió los pies, gravemente lastimados. Tan solo cuatro días antes de morir, Fatemeh-Kian había pedido ayuda; estaba enferma y no podía dormir. Pidió ver a un médico, pero su petición cayó en saco roto. El 25 de mayo la encontraron muerta en la habitación. Sola y desengañada, se había suicidado con pastillas antidepresivas. Más tarde se supo que no habían documentado su primer intento de suicidio y que el personal del centro no conocía su estado psicológico.

Fatemeh-Kian G. S., que, según sus amigos y los trabajadores sociales que la atendían, era atea, fue enterrada en la zona musulmana de un cementerio cercano al centro de internamiento y sobre su tumba se puso una simple cruz metálica sin inscripción alguna. Cuando visité su sepultura en enero de 2007, todavía carecía de lápida que indicara quién estaba enterrada allí. El consistorio alegó que los impuestos municipales no podían gastarse en eso.

La agonía en la que vivió y murió Fatemeh-Kian G. S, su desplazamiento corporal, sexual y geográfico, su viaje hacia la esperanza y la desesperanza en el centro de internamiento sueco y, finalmente, su desplazamiento incluso después de la muerte —la alienación completa— me abrieron los ojos.

INTRODUCCIÓN

Este libro trata de fronteras y sus transgresores. La imagen paradigmática del mundo actual es sin duda la de cuerpos apiñados entre palés en la bodega de un camión. Esta imagen, tomada por una cámara de rayos X en una frontera entre Estados nación, expone a los invisibles, a los sin papeles, del lado incorrecto de la frontera. Muestra unos cuerpos blancos sobre un fondo negro. La silueta de esos seres humanos despojados de todo es además una metáfora de que también han sido desposeídos de sus derechos políticos. Y es que la imagen representa un cuerpo despolitizado, el *homo sacer* en palabras de Giorgio Agamben, personificando la nuda vida, que difiere de la forma de vida politizada representada explícitamente en la noción de ciudadanía. La imagen proporcionada por los rayos X muestra una topografía hegemónica de las fronteras.

La nuestra es una época de fetichismo de las fronteras, una época en que triunfan las fronteras; las fronteras determinan el aspecto del mundo. Los mapas representan el planeta como un mosaico de unidades, de naciones, con contornos claros y de diferentes colores. Las fronteras se construyen para marcar la diferencia. El mapa político actual se parece a una pintura de Modigliani en la que, como afirma Ernest Gellner, «las superficies aparecen planas y pulcramente separadas unas de otras; está muy claro dónde comienza una y dónde acaba la otra y hay poca

o ninguna ambigüedad o superposición».[1] No hay intervalos entre las fronteras. Estas parecen inmutables, como si siempre hubieran estado ahí. Las barreras naturales, como los ríos, las montañas y los desiertos, se utilizan para establecer fronteras y, por lo tanto, para naturalizarlas. De esta manera, las fronteras se presentan como primordiales, atemporales, parte de la naturaleza.

Las fronteras simbolizan la soberanía de los Estados. Un Estado nación puede imaginarse solo a través de sus fronteras.[2] El sistema de Estados nación se basa en el nexo funcional entre una determinada localización (el territorio) y un determinado orden (el Estado), nexo mediado por regulaciones automáticas para la inscripción de la vida, individual o nacional.[3] En el sistema del Estado nación, la nuda vida biológica, la *zoé*, se transforma inmediatamente en vida política o ciudadanía, en *bios*. El vínculo entre la vida o el nacimiento y la nación queda reflejado en el lenguaje: los términos *nativo* y *nación* vienen de la misma raíz latina, *nascere*, que la palabra *nacimiento*.

Las fronteras de los Estados nación han llegado a constituir un orden natural en muchas dimensiones de la vida humana.[4] Las fronteras ya no son simplemente los contornos de un Estado, puesto que «las fronteras conforman nuestra percepción del mundo [...]. Su existencia marca nuestra cosmovisión».[5] Las fronteras son la referencia esencial del sentido

1. Ernest Gellner: *Nation and nationalism*, Cornell University Press, Ithaca, 1990 (en castellano: *Naciones y nacionalismos*, trad. Javier Setó, Alianza Editorial, Madrid, 2008/2019; en euskera: *Nazioak eta nazionalismoa*, trad. Juan Garzia Garmendia, Klasikoak, Bilbao, 2009.)
2. Benedict Anderson: *Imagined communities. Reflections on the origin and spread of nationalism*, Verso, Londres, 1983 [en catalán: *Comunitats imaginades. Reflexions sobre l'origen i la propagació del nacionalisme*, trad. Maria Àngels Giménez Campos, Editorial Afers/Universitat de València, Valencia, 2005].
3. Giorgio Agamben: *Means without end. Notes on politics*, University of Minnesota Press, Mineápolis, 2000, p. 42 [en castellano: *Medios sin fin. Notas sobre la política*, trad. Antonio Gimeno Cuspinera, Pre-Textos, Valencia, 2000].
4. Liisa Malkki: *Purity and exile. Violence, memory, and national cosmology among Hutu refugees in Tanzania*, University of Chicago Press, Chicago, 1995, p. 5.
5. Chris Rumford: «Theorizing borders», *European Journal of Social Theory*, vol. 9, n.º 2, 2006, p. 166.

comunitario, de la identidad. No son solo realidades externas sino también «barreras de color» situadas en todas partes y en ninguna.[6]

El orden *nacional* de las cosas suele considerarse el orden normal o *natural*. Es evidente que las naciones *reales* están fijadas en el espacio y marcadas por sus fronteras.[7] Liisa Malkki sostiene que la naturalización del régimen fronterizo lleva a considerar que el cruce de fronteras es algo patológico.[8] Se cree que el desplazamiento —o, en la jerga botánica del orden nacional de las cosas, el *desarraigo*— resulta en un modo de ser *antinatural*. Los transgresores de la frontera rompen el vínculo entre el *nacimiento* y la nacionalidad y ponen en crisis el sistema del Estado nación.

Según este punto de vista, la violación del régimen fronterizo es una violación de las normas éticas y estéticas. Si en el sistema del Estado nación los solicitantes de asilo no identificados y los inmigrantes[9] indocumentados representan tal «elemento inquietante, es sobre todo porque al romper la identidad entre el hombre y el ciudadano, entre el nacimiento y la nacionalidad, ponen en crisis la ficción original de la soberanía».[10] No es sorprendente que se vean como una amenaza política y simbólica para la soberanía o la pureza nacional. En *Pureza y peligro*,[11] Mary Douglas exploró la distinción entre pureza e impureza y argumentó que es un mecanismo para preservar la estructura social y determinar lo que es moralmente aceptable. Los migrantes indocumentados y los que cruzan la frontera sin autorización están contaminados y son contaminantes

6. Étienne Balibar: *Politics and its other scene*, Verso, Nueva York, 2002, p. 78.
7. Liisa Malkki: «National geographic. The rooting of peoples and the territorialization of national identity among scholars and refugees», *Cultural Anthropology*, vol. 7, n.º 1, 1992, p. 26.
8. *Ibid.*, p. 34.
9. Por lo general el autor utiliza el término «migrante», aunque de manera puntual utiliza otros como «inmigrante». Hemos respetado en cada caso la terminología empleada por el autor. *(N. de la T.)*
10. Giorgio Agamben: «We refugees», *Symposium*, vol. 49, n.º 2, 1995, pp. 114-119.
11. Mary Douglas: *Purity and danger. An analysis of concepts of pollution and taboo*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 2002 [1966] [en castellano: *Pureza y peligro. Análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Siglo XXI, Madrid, 2000].

debido a que son inclasificables.[12] Como «seres de transición, son particularmente contaminantes, ya que no son ni una cosa ni otra, o tal vez ambas; no están ni aquí ni allí [...]. Como mucho se hallan en algún lugar entre los puntos fijos reconocidos en el espacio-tiempo de la clasificación cultural».[13]

A través del discurso político-jurídico y la regulación, este sistema crea un ser humano politizado —un ciudadano de un Estado nación—, pero también un subproducto, un «sobrante» políticamente no identificable, un «ser humano que ya no existe».[14] Expulsados de un Estado soberano a otro, humillados y representados como cuerpos contaminados y contaminantes, los solicitantes de asilo apátridas y los migrantes irregulares son excluidos y se convierten en el detritus de la humanidad; sus vidas son inútiles.[15] El Estado nación moderno se ha apropiado del derecho a presidir la distinción entre vidas útiles (legítimas) e inútiles (ilegítimas).[16]

Aquellos cuyas vidas son inútiles son los *homines sacri* del presente. Agamben[17] utiliza el término del derecho romano *homo sacer* para describir una existencia y condición que él califica de nuda vida. El *homo sacer* es aquel que ha sido expulsado de la sociedad y, por lo tanto, despojado de sus derechos. Según la ley romana, matar a un *homo sacer* no era considerado asesinato, ya que aquel no era un ser político sino un simple

12. Liisa Malkki: *Purity and exile..., op. cit.*; y «Refugees and exile. From "refugee studies" to the national order of things», *Annual Review of Anthropology*, vol. 24, 1995, pp. 495-523.
13. Victor Turner: *The forest of symbols. Aspects of Ndembu ritual*, Cornell University Press, Ithaca, 1967, p. 97.
14. Anton Schütz: «Thinking the law with and against Luhmann, Legendre and Agamben», *Law and Critique*, vol. 11, n.º 2, 2000, p. 121.
15. Prem Kumar Rajaram y Carl Grundy-Warr: «The irregular migrant as *homo sacer*. Migration and detention in Australia, Malaysia, and Thailand», *International Migration*, vol. 42, n.º 1, 2004, pp. 33-63.
16. Zygmunt Bauman: *Wasted lives. Modernity and its outcasts*, Polity Press, Cambridge, 2004, p. 33 [en castellano: *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, trad. Pablo Hermida, Paidós, Barcelona, 2005, p. 57].
17. Giorgio Agamben: *Homo sacer. Sovereign power and bare life*, Stanford University Press, Stanford, 1998 [en castellano: *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, trad. Antonio Gimeno Cuspinera, Pre-Textos, Valencia, 1998].

cuerpo que había sido despojado de todos los derechos. Agamben cree que el sistema de Estados nación diferencia entre la nuda vida despolitizada (la *zoé*) y una forma de vida política (el *bios*). El *homo sacer* es un cuerpo completamente despolitizado, diferente de las formas de vida politizadas, encarnadas en el ciudadano.[18] En su calidad de *homines sacri*, los inmigrantes irregulares quedan expuestos no solo a la violencia del Estado —a través de reglamentos, acuerdos políticos, leyes, prioridades y la policía—, sino también a la violencia de los ciudadanos comunes, de los que no pueden protegerse o defenderse.[19]

El cruce *ilegal* de una frontera desafía la sacralidad de los rituales y símbolos fronterizos. Además, se considera un acto delictivo que merece ser castigado. El sistema de fronteras se rige por la penalización; en palabras de Jonathan Simon,[20] «gobernar a través del delito» hace del delito y el castigo el contexto institucional en el que se construye y excluye a una población delictiva: por ejemplo, los pobres, los inmigrantes «ilegales», los solicitantes de asilo y los «terroristas».[21] Los gobiernos criminalizadores alegan que deben proteger a los ciudadanos de las amenazas de los «anticiudadanos».[22] Los delincuentes, los pobres, las personas sin hogar, los inmigrantes indocumentados y los solicitantes de asilo no identificados son considerados amenazas para el bienestar de la sociedad. El castigo a la inmigración «constituye e impone las fronteras, controla a los que no son ciudadanos, identifica a los que se considera peligrosos, enfermos, engañosos o indigentes y les niega la

18. Prem Kumar Rajaram y Carl Grundy-Warr: «The irregular migrant...», *op. cit.*
19. *Ibid.*, p. 57.
20. Jonathan Simon: *Governing through crime. How the war on crime transformed American democracy and created a culture of fear*, Oxford University Press, Nueva York, 2007.
21. Nikolas Rose: *Powers of freedom. Reframing political thought*, Cambridge University Press, Nueva York, 1999, p. 299.
22. Véase Jonathan X. Inda: *Targeting immigrants. Government, technology, and ethics*, Blackwell, Oxford, 2006.

entrada o los expulsa».[23] La persecución de los indeseables no ciudadanos, en el marco de la criminalización, se efectúa aplicando controles más estrictos en las fronteras externas e internas, así como a través del confinamiento y la deportación forzosa. El Estado ejerce la frontera sobre los cuerpos viajeros.[24]

Para algunas personas —todo tipo de migrantes y aquellas que viven a lo largo de la frontera—, cruzarla es algo ineludible en la vida; es un modo de estar en el mundo.[25] Basándose en una forma de pensar discriminatoria por razón de raza, las fronteras regulan los movimientos de las personas. Si bien una pequeña categoría de individuos goza de derechos de movilidad sin restricciones, la mayoría se encuentra atrapada dentro de las fronteras. La regulación de la movilidad opera a través de una clasificación social que implica desigualdades sexuales, raciales, de género y de clase. La clasificación social de los viajeros comienza mucho antes de que lleguen a la frontera.[26] Los viajeros procedentes de naciones «sospechosas» son sometidos a un alto grado de control a través de un riguroso proceso de visado.

Sin embargo, las fronteras también son espacios de desafío y resistencia. Las fronteras y su cruce *ilegal* son términos que se definen mutuamente: la existencia de fronteras es la base misma de esta forma de viajar.[27] La migración y las fronteras también se definen por relación mutua. Donde hay una frontera, hay un cruce de esta, ya sea legal o ilegal.

23. Anna Pratt: *Securing borders. Detention and deportation in Canada*, University of British Columbia Press, Vancouver, 2005, p. 1.
24. Dean Wilson y Leanne Weber: «Surveillance, risk and preemption on the Australian border», *Surveillance & Society*, vol. 5, n.º 2, 2008, pp. 124-141.
25. Sarah S. Willen: «Toward a critical phenomenology of "illegality". State power, criminalization, and abjectivity among undocumented migrant workers in Tel Aviv, Israel», *International Migration*, vol. 45, n.º 3, 2007, pp. 8-38.
26. Dean Wilson y Leanne Weber: «Surveillance, risk and...», *op. cit.*
27. Hastings Donnan y Thomas M. Wilson: *Borders. Frontiers of identity, nation and State*, Berg, Oxford, 1999, p. 101.

La forma

Este libro está escrito en un estilo autoetnográfico: las experiencias personales se hallan embebidas en el análisis etnográfico. En cuanto forma narrativa, la autoetnografía «coloca al yo dentro de un contexto social».[28] Además, «muestra múltiples capas de consciencia, conectando lo personal con lo cultural».[29] A diferencia de la narrativa despersonalizada, la autoetnografía pide a sus lectores que sientan «la verdad de las historias y sean copartícipes, comprometiéndose con la historia de forma moral, emocional, estética e intelectual».[30]

Sin embargo, este libro no es una autobiografía, sino una etnografía de las fronteras. Analizaré la naturaleza de las fronteras, la política fronteriza y los rituales y actuaciones que acompañan el cruce de fronteras basándome en mi propio viaje y en las experiencias de mis informantes. La autoetnografía permite a los migrantes contextualizar sus relatos sobre la migración ilegal. Nos ayuda a explorar conceptos políticos y jurídicos abstractos y a traducirlos en términos culturales arraigados en la vida cotidiana. Además, al centrarse en el individuo, también pone atención en la *aplicación* de esos conceptos políticos y jurídicos, con lo que se obtiene una visión diferente de la que ofreceríamos si nos centráramos estrictamente en la normativa *per se*.[31] Los relatos fronterizos revelan la interacción entre el organismo y la estructura en las experiencias migratorias, ofrecen un retrato humano de los viajeros *ilegales*.

Este libro es el resultado de mi propia experiencia en las fronteras, del trabajo de campo etnográfico que realicé

28. Deborah Reed-Danahay (ed.): *Auto/Ethnography. Rewriting the self and the social*, Berg, Oxford, 1997, p. 9.
29. Carolyn Ellis y Arthur P. Bochner: «Autoethnography, personal narrative, reflexivity. Researcher as subject», en Norman Denzin y Yvonna Lincoln (eds.): *The handbook of qualitative research*, Sage, Thousand Oaks, 2000, p. 739.
30. *Ibid.*, p. 745.
31. Véase Joanne van der Leun: *Looking for loopholes. Processes of incorporation of illegal immigrants in the Netherlands*, Amsterdam University Press, Ámsterdam, 2003.

posteriormente con migrantes indocumentados entre 2004 y 2008 y de los cursos que he dado sobre migración irregular y antropología de las fronteras. También bebe de mis actividades fuera del ámbito académico, ya que he practicado el periodismo independiente, he contribuido a organizar eventos (como festivales de cine) sobre el cruce de fronteras, y he sido voluntario para organizaciones no gubernamentales (ONG) que ayudan a los solicitantes de asilo rechazados y a los migrantes indocumentados en Suecia.

En mis años como antropólogo, me ha sorprendido ver como las experiencias de mis informantes se superponían, confirmaban, completaban y recordaban a mis propias experiencias. Un aspecto interesante del texto autoetnográfico es que desdibuja la distinción entre el etnógrafo y *los otros*. Las similitudes entre las experiencias subjetivas de los informantes y la mía propia borran la distinción entre antropólogo e informantes, lo cual desafía las identidades y límites impuestos y ofrece formas de significado alternativas al discurso dominante.[32] La autoetnografía vincula el mundo del autor con el mundo exterior, tiende un puente entre la realidad del antropólogo y la realidad de los demás.

Este libro también surge del pensamiento poético, es decir, de «mantener vivo un sentido de lo que significa vivir en el mundo que uno lucha por comprender».[33] A través del pensamiento poético, uno no se centra ni en la propia subjetividad ni en la objetividad del mundo, sino en lo que emerge del espacio entre ambas.[34]

Los estudios sobre migración ilegal suelen proceder de personas que nunca la han experimentado; mi objetivo ha sido ofrecer un relato alternativo, parcialmente de primera mano, sobre el cruce de fronteras no autorizado que intenta leer el

32. Mary Louise Pratt: *Imperial eyes. Travel writing and transculturation*, Routledge, Londres, 1992.
33. Michael Jackson: *Excursions*, Duke University Press, Durham, 2007, p. 12.
34. Paul Stoller: *The power of the between. An anthropological odyssey*, University of Chicago Press, Chicago, 2009.

mundo a través de ojos *ilegales*. Cuento la historia de aquellos cuya historia ha sido pisoteada. Como Walter Benjamin en *Libro de los pasajes*,[35] soy un «trapero»: recojo los desechos de la historia, recojo todo lo que se tira. Siguiendo a Benjamin, creo que «los materiales de desecho van a formar conexiones significativas y los fragmentos nos van a dar una nueva perspectiva de la historia».[36] Colecciono historias de «ilegales»: apátridas, solicitantes de asilo fallidos, personas indocumentadas, no registradas, escondidas, clandestinas.

Al igual que los testimonios[37] en América Latina, una tradición que confiere autoridad a las voces subalternas,[38] esta autoetnografía obtiene su poder narrativo del concepto de testimonio. El valor de la voz del testigo es que este estuvo allí, vio lo que pasó. Los testigos han vivido el desastre en sus carnes y puede que sean víctimas de él. Pueden volver a contar la historia y desarrollarla con la autoridad que les otorga haberla vivido en primera persona. Esto no significa que los testigos, por el mero hecho de haber vivido la historia desde dentro, posean el único enfoque auténtico. Su narración es tan solo una de muchas, aunque quizás la menos escuchada.

En «Tesis sobre filosofía de la historia», Benjamin escribe sobre un cuadro de Paul Klee titulado *Angelus Novus*. En la novena tesis, describe a un ángel que vuela sobre las ruinas de la historia y mira hacia el pasado; mira hacia atrás, resistiéndose a olvidar. Le gustaría detenerse y recomponer lo que se ha roto, pero sopla una fuerte tormenta procedente del paraíso —una metáfora del progreso— que lo conduce irresistiblemente hacia

35. Walter Benjamin: *Libro de los pasajes*, trad. Luis Fernández Castañeda, Isidro Herrera y Fernando Guerrero Jiménez, Akal, Madrid, 2005.
36. Walter Benjamin: *Walter Benjamin's archive*, Verso, Nueva York, 2007, pp. 252-253.
37. El autor se refiere aquí al papel central que en numerosas luchas sociales en América Latina, y muy particularmente en aquellas de los pueblos originarios, han jugado los testimonios en primera persona en las estrategias de lucha y visibilización política. *(N. de la E.)*
38. Kay B. Warren: «Narrating cultural resurgence. Gender and self-representation for pan-Mayan writers», en Deborah Reed-Danahay (ed.): *Auto/Ethnography..., op. cit.*

el futuro, al que da la espalda. En este libro tengo la intención de hacer lo siguiente: detenerme, mirar atrás y contar la historia de los desechos de la historia, la historia de los derrotados, a dos de los cuales, víctimas de las fronteras, dedico este libro. Sin embargo, en lugar de ser simplemente una memoria del pasado, las voces entremezcladas aquí transmiten una advertencia para el futuro.

Este libro es un ensayo, también en el sentido de *intento*. Me gustaría que el lector viviera la lectura de este libro como si fuera un viaje por una carretera de circunvalación, de manera que al final del viaje llegara al punto de partida con preguntas sin respuesta, problemas inexplicables, curiosidad insatisfecha y expectativas incumplidas, pero habiendo conocido a muchas personas y aprendido mucho a lo largo del camino. He *intentado*, siguiendo el ejemplo de Walter Benjamin, *mostrar* las cosas, no contarlas.